

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Año XXI

Noviembre de 1944

Núm. 233

Puntos de vista

A propósito de crisis de la Universidad

CADA cierto tiempo recrudece en el ambiente nacional el problema de la crisis o de una crisis universitaria. Pero este fenómeno no puede decirse que tenga muchos años de vigencia. Es más o menos reciente. Coincide con el descontento general, con la pérdida del sentido de las proporciones, con la falta de una moral pública, con las crisis agudas de la economía. A la Universidad se le exige demasiado y no se dan oportunamente las normas o los programas para hacerla servir en esa medida tan especial que desean los impugnadores.

Se dice que la Universidad debe ser exclusivamente práctica, y se afirma que debe preparar a la juventud para la batalla por la vida. Pero la Universidad hace todo lo que está en su mano para hacer de los estudiantes, hombres capaces de surgir en la vida en competencias limpias, ya sea en el foro, en la medicina o en la ingeniería. Cada vez que el estado general de la opinión pública se desplaza hacia la crisis económica o hacia la crisis moral se acusa a la Universidad de no haber sabido preparar a los hombres para afrontar estas crisis y se la señala como un organismo en crisis. El hombre de la calle que sufre por su falta de iniciativa para el trabajo acusa también a la Universidad por no haberle inculcado un estímulo vigoroso. El profesional que no tiene éxito en su carrera hace lo propio. Los políticos, los que creen que poseen una ciencia de la felicidad, también echan en cara a la Uni-

versidad el no haber sabido preparar generaciones de hombres fuertes y útiles. Es un coro que deriva del descontento general, pues cuando no hay una concepción clara de los deberes o una conciencia nítida para saber tomar el puesto que a cada cual corresponde en la vida, la tendencia es siempre a buscar culpables abstractos.

Las Universidades están obligadas a proporcionarlo todo. Pero nadie piensa en que ellas están hechas para formar las élites, o los grupos seleccionados que deberán más tarde ser los conductores de un pueblo.

Si se mira el panorama de Chile a lo largo de medio siglo de vida, se encuentra que los hombres del pasado no brillaron por su penetración o por su visión del futuro. Cuando este país tuvo riquezas ingentes, esas riquezas fueron empleadas en otros capítulos, menos en la fundación de Universidades técnicas o de Institutos de ciencia para la creación de grupos aptos en eso que ahora se reclama con tanto ardimiento. La gran riqueza del salitre por ejemplo, fué empleada en gastos la mayor parte improductivos. Se hicieron obras públicas, es indudable, pero no se fundaron Escuelas técnicas, Universidades como las que hoy reclama el descontento de algunos sectores. Si en aquellos años de auge, en que había una moneda sana y firme, en que no había exceso de empleados, en que reinaba la paz social, se hubiera comprendido que este país podía ser un foco rumoroso de trabajo, por la creación de un plan de industrialización que debía derivar de la fundación de institutos técnicos, acaso no tendríamos hoy esos brotes periódicos de ataques a la Universidad, señalándola como la culpable de la crisis general. Pero aquella riqueza ingente, extraordinaria, no fué empleada, ni siquiera en una mínima parte, que en todo caso habría sido grande, para un programa de educación práctica, paralela a la educación llamada humanística o literaria, entendiendo este término en el significado que debe entenderse.

Las grandes crisis que padece el mundo y las que nosotros mismos padecemos, son derivaciones de aquéllas, y han infor-

mado este espíritu negativo, de crítica permanente acerca de programas que en el fondo son vagos, porque nadie concreta en sus ataques cuáles son los verdaderos, los que corresponden a la Universidad. También se une a esta campaña anti-universitaria el aspecto doctrinario. Hay quienes desean hacer de la Universidad la cabeza de turco de todos los enconos, pero a condición de que ella termine en un total desprestigio. Del mismo modo, la Educación del Estado es también la víctima periódica de esta razzia, culpándosela de todo cuanto de dañoso ocurre en el país. Nadie reconoce los beneficios que esta educación ha dado al país, nadie recuerda su sacrificio en épocas difíciles, cuando los presupuestos eran ínfimos y había que desarrollar actividades enormes para dar educación al pueblo. Lo que sólo tiene vigencia para esos atacantes es la influencia perniciosa que según ellos, esta educación ha ejercido sobre el niño.

Por eso estimamos que para hablar de una reforma educacional o de una reforma universitaria es preciso no oír a los interesados en quebrantar esta educación, sino a los que verdaderamente tienen fervor por ella, a los técnicos que son capaces de organizar un programa, no fundado en abstracciones sino en realidades positivas. Porque no se discute la necesidad de introducir reformas que sean la consecuencia de los tiempos difíciles que corren, sino por el contrario, estudiarlas, pero con el espíritu limpio de suspicacias, con la mente clara, a fin de adaptarlas a lo que hay y para ganar el tiempo perdido al cual nos hemos referido antes, por gobiernos que nada se preocuparon de asuntos tan fundamentales. En cuanto a la pretendida «crisis de la Universidad», insistimos en que no es más que un tópico, de finalidades sospechosas.